EL POETA ANTONIO MACHADO

El poeta lírico va diciendo su autobiografía en sus versos. Ahí está toda su vida. ¿A qué interrogarle a él? Sería mejor ir interrogando a sus poemas. Antonio Machado se ha puesto en su obra lírica con toda humildad y también con toda altivez. Rubén Darío dijo de él:

> Cuando hablaba tenía un dejo
> de timidez y de altivez.
> ... ...
> Fuera pastor de mil leones
> y de corderos a la vez.

Toda la historia de Antonio Machado está en sus versos. Y, sin embargo, le queda al reportero la misión de acusar en las páginas de la hoja diaria aquellos rasgos que están en la maravillosa penumbra de sus versos.

> Nosotros exprimimos
> la penumbra de un sueño en nuestro vaso...

Habrá, pues, que contar cómo es don Antonio Machado, adónde va, qué dice fuera de sus versos. Cuando el lector se ha apasionado por el artista necesita acercarse al hombre. Es un secreto instinto que nos lleva a buscar nuestra relación humana con quien vuela tan por encima de nosotros.

A don Antonio Machado le encontraremos en un café a esta hora del atardecer, acompañado de su hermano Pepe

BIBLIOTECA

o de Manuel, el gran poeta andaluz. (Si definir al poeta —a todo poeta— no fuera siempre un poco peligroso, se diría que Manuel Machado es un poeta andaluz y Antonio Machado es un poeta de Castilla; que Manuel es un poeta de la ciudad y Antonio es un poeta campesino.) Encontraremos a don Antonio en un café; él cambia de café frecuentemente, para evitar a los contertulios inoportunos. Siempre ha de ser un café popular, un típico café, con divanes rojos y grandes espejos. Unas veces será un café de la calle de Toledo, otras se irá hacia la plaza de las Salesas; al poco tiempo le dará por trasladarse al otro extremo de la ciudad, a algún café cercano a la plaza de Oriente; hoy le hemos encontrado... Pero no lo diremos; no descubriremos el secreto de don Antonio.

—Aquí, buscando, como siempre, la soledad —nos dice el poeta mientras tomamos asiento a su mesa.

El café está lleno de gente; es decir, que el poeta puede sentirse completamente solo. Porque no hay ni señoritos engomados ni mujeres fatales...

—¿En Madrid ya de fijo, don Antonio?

—Casi, casi.

Don Antonio Machado ha estado desempeñando una cátedra durante muchos años en el Instituto de Segovia. Para muchas gentes de aquella ciudad, don Antonio Machado era ese señor catedrático que escribe versos.

—¿Prepara usted algo de teatro con don Manuel? —interrogamos.

—Hemos terminado una comedia en prosa: *El hombre que murió en la guerra.* Necesitamos un gran galán para intérprete. Y ése es el problema: ya sabe usted cómo estamos de galanes.

Don Antonio hace una pausa y añade:

—Hay una evidente crisis de actores. Yo recuerdo la época de Antonio Vico, y deploro el presente. Verle a Antonio Vico hacer el *Otelo,* por ejemplo, era algo que ya no podía borrarse de la imaginación. Aquel último acto, cuando Otelo entra a matar a Desdémona... ¡Soberbio!

Y don Antonio Machado añade rotundamente en un momento de entusiasmo:

—No creo que haya habido en el mundo un actor superior a Vico. ¡En el mundo!

Estamos mirándole. «Ya conocéis mi torpe aliño indumentario.» Fuma constantemente, y la ceniza del cigarro va decorándole el pecho. Su mano acaricia el puño del bastón. Rostro infantil, de aire lejano. Desdén por todas las pequeñas cosas del mundo. Hay a quien le basta para vivir un trozo de pan y otro de queso, me decía alguien refiriéndose al poeta en una ocasión; pero a Antonio Machado le basta con el pan solamente. Una virtud suprema del poeta. Por ella se salvará siempre, y cuando los hombres pasen afanados como la ardilla en busca de la tiránica vanidad de cada día, él los verá pasar sereno, impávido, con las pupilas cargadas de dulzura y de eternidad.

—Don Antonio, ¿es cierto que usted ha sido actor?

Sonríe el glorioso poeta.

—Cierto. ¡Grandes papeles! —una travesura humorística apunta en su gesto—. Yo estrené en Madrid nada menos que uno de aquellos payeses que van a llevar trigo al molino de *Tierra baja.* Cosas de la juventud. En la juventud lo hacemos todo desinteresadamente. Por eso entonces nos aprovechan tanto las cosas. Cuando yo era adolescente me he pasado años enteros leyendo a Lope comedia tras comedia. Años enteros. Puro deleite. Mucho tiempo después escribí una nota que he roto hace pocos días; era una profecía tan exacta de lo que ocurriría al llegar este año de Lope, que me hubiera causado rubor publicarla. La rompí.

—¿Qué decía?

—Dejémoslo —responde don Antonio, encogiéndose de hombros y sin perder la dulzura de su sonrisa—. ¿Para qué molestar a nadie?

—¿Qué cree usted que debe hacerse en este año de Lope?

—Me parece que lo más eficaz, lo que podría contribuir mejor a la glorificación de Lope de Vega, sería hacer una antología con aportaciones de todos los buenos amigos del poeta. Es tan inmensa y tan rica la selva de Lope, que de la comedia menos importante suya siempre puede extraerse un fragmento prodigioso. Una antología hecha de acuerdo con ese criterio constituiría una obra de inapreciable valor.

De los temas puramente literarios quisiéramos pasar a otros más inmediatos. El periodismo tiene a veces esas tiranías. Pero no haya miedo de enojar al lírico de «Galerías y soledades» haciéndole descender de su torre. Es tan pro-

fundamente humano, que no rehusará nada que a lo humano se refiera. Para apuntar sus inquietudes políticas y sociales, aparte las de otro orden, él ha inventado un personaje que se llama «Juan de Mairena», el cual ha dicho cosas como ésta: «Donde la mujer suele estar, como en España, en su puesto, es decir, en su casa, cerca del fogón y al cuidado de sus hijos, es ella la que casi siempre domina, hasta imprimir el sello de su voluntad a la sociedad entera. El verdadero problema es allí el de la emancipación de los varones, sometidos a un régimen maternal demasiado rígido. La mujer, perfectamente abacia en la vida pública, es voto decisivo en todo lo demás. Si unos cuantos viragos del sufragismo, que no faltan en ningún país, consiguiesen en España de la frivolidad masculina la concesión del voto a la mujer, las mujeres propiamente dichas votarían contra el voto; quiero decir que enterrarían en las urnas el régimen político que imprudentemente les concedió un derecho al que ellas no aspiraban.»

—¿Cuántos años hace que escribió usted eso, don Antonio?... Bueno, quiero decir que lo escribió su amigo «Juan de Mairena».

—¡Qué sé yo! Muchos años. Doce o quince.

—Y al confrontarlo con la realidad política y social de España al presente, ¿qué piensa usted?

—Mire usted: la política lo deja a uno tan desconcertado a veces, que ni siquiera quedan ganas de opinar. Uno lee, por ejemplo, que un jefe político dice: «Si la política gira hacia la derecha es lo mismo que si girase hacia la izquierda, porque yo soy el eje.» Y entonces, a uno todo lo que se le ocurre pensar es: «Feliz el ciudadano que puede estudiar para eje de la política.»

Dicen que los poetas viven en las nubes. Se quiere dar a entender con ello desdeñosamente que no saben nada de lo que pasa en la tierra. Falta de lógica. Porque ¿desde dónde mejor que desde lo alto se puede ver lo que abajo sucede?

Ascendamos otra vez. Dejemos al poeta en su línea ideal; busquemos el alma. Hace cincuenta y tantos años que en un huerto de Sevilla estaba un niño viendo sus estampas al pie del limonero. Un día, adolescente ya, partióse hacia Castilla. En Castilla se casó, en Castilla perdió a su compañera;

con el paisaje de Castilla puso fondo a sus poemas, sin que nunca dejase de resonar en el recuerdo aquella música de luz y de silencio del huerto andaluz lejano. Soledad. Soledad. La carretera, los álamos, el río... Pero dentro, el Universo todo. Así fue haciéndose la voz poética que hoy es gloria de nuestro idioma. Aquí está el poeta, sencillo, anónimo, como un ciudadano más.

> Y cuando llegue el día del último viaje,
> y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
> me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
> casi desnudo como los hijos de la mar.

¡Ah, la amada ribera inmortal, adonde sólo se llega en fuerza de pureza y desnudez! Bienaventurados los que como él la tienen segura para un día. ¡Para ese día!

La Voz, 1 de abril de 1935.